

de esta o de la otra manera, él siempre, aunque invisible, ha de estar con nosotros.

Ese es el pensamiento que flota en todo el discurso del Salvador. Los cristianos nunca han podido deducir de él la hora de la gran manifestación del Mesías en su gloria. Siempre han creído que podría estar ese día muy cerca. El Salvador no solamente no se lo dijo, sino que manifestamente negó que se lo diría, y aún dió a entender que no era voluntad de su Padre que se lo dijese, pues, si bien como Dios, y aun como hombre para su inteligencia, sabía todo, pero como Mesías, como Legado del Señor, no tenía aquel punto entre los que había de enseñar a los hombres. Lo único que les enseñó es que esta manifestación sería el fin de este mundo.

237. PREDICCIÓN DEL FIN DE JERUSALÉN Y DEL MUNDO

(L. 21, 8-19; Mc. 18, 5-13; Mt. 24, 4-14)

Lo que dijo, pues, el Salvador a las preguntas de sus cuatro curiosos discípulos fué esto:

«Procurad que nadie os seduzca. Porque vendrán muchos en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo, y ya se ha acercado el tiempo. Y seducirán a muchos. No vayáis, pues, en pos de ellos. Y cuando oigáis guerras y rumores de guerras, y batallas y sediciones, mirad que no os turbéis, ni os aterréis. Porque es preciso que venga todo esto; mas no por eso está cerca el fin.

»Y les decía entonces: Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino, y habrá por todas partes grandes terremotos, y pestilencias y hambres y espantos del cielo y grandes señales. Pero todo eso es el principio de los dolores.

»Mas mirad por vosotros mismos. Porque antes que todo eso os echarán mano y os perseguirán entregándoos en los concilios y en las cárceles, y seréis azotados en las sinagogas y llevados ante los presidentes y reyes por mí, para que me seáis testigos para ellos y para todas las gentes. Pues cuando os lleven para entregaros, tomad en vuestro corazón la resolución de no premeditar (de no andar muy

solicitos) cómo ni qué habéis de responder, sino lo que en aquella hora se os dé, eso responded. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. Porque yo os daré lengua y sabiduría a que no puedan responder todos vuestros adversarios.

»Pero seréis entregados a la tribulación por vuestros padres y hermanos y parientes y amigos, y a algunos de vosotros los matarán. Entregará a la muerte el hermano al hermano y el padre al hijo, y levantaránse contra los padres los hijos, y los matarán. Y seréis odiados de todas las naciones. Mas ni un cabello de vuestra cabeza perecerá.

»Mas cuando os persigan en una ciudad, huid a otra. En verdad os digo no acabaréis las ciudades de Israel, antes de que venga el Hijo del hombre. Por vuestra paciencia poseeréis vuestras almas (y las salvaréis). Y entonces se escandalizarán muchos y entregarán unos a otros, y se odiarán mutuamente.

»Y se levantarán muchos seudoprofetás, y seducirán a muchos, y como abundará la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin ese será salvo.

»Pero primero es preciso que se predique este evangelio del reino en todo el mundo, en testimonio a todas las gentes, y entonces vendrá el fin».

Hasta aquí más que responder a la pregunta que le hicieron los cuatro, lo que hace es profetizarles las calamidades temporales, las persecuciones y odios, las seducciones y engaños que les amenazan a los servidores de Cristo, y todo esto aun antes de la ruina de Jerusalén, que «no vendrá hasta que hayáis recorrido todos los pueblos de Israel».

Pasa ya a indicar más en particular sus presagios acerca de la ruina de la Ciudad Santa.

238. INSTRUCCIONES ACERCA DE LA RUINA DE JERUSALÉN

(L. 21, 20-24; Mc. 13, 14-20; Mt. 24, 15-22)

«Cuando veáis cercada de soldados a Jerusalén, entonces sabed que está cerca su devastación. Y cuando veáis la abominación de la desolación, predicha por Daniel, ocupar

el lugar Santo (el que lo lea que ponga atención) entonces los que están en Judea, huyan a la montaña. Y los que están en medio de la ciudad váyanse. Y los que están en el campo no entren en ella. Y los que están en su casa no se metan ni bajen a tomar nada de ella. Y el que está en el campo no vuelva a tomar su vestido. Porque esos son días de venganza para cumplir todo lo que está escrito.

¡Ay entonces de las que están en cinta o criando en aquellos días! Porque va a haber gran angustia e ira para este pueblo! Y tienen que caer al filo de la espada y ser llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será hollada de las gentes, hasta que se cumplan todos los años de las naciones.

»Rogad para que vuestra huida no suceda en invierno, ni en sábado. Porque serán aquellos días de tal tribulación, cual nunca la ha habido desde el principio de las criaturas que hizo Dios, hasta ahora, ni la habrá jamás. Y si el Señor no hubiese abreviado aquellos días, ningún mortal se salvaría; mas en atención a los escogidos que él escogió, se abreviarán aquellos días».

Espantosa calamidad. Pero que se cumplió al pie de la letra.

En el invierno del año 67 penetró en Palestina el formidable ejército de Vespasiano. El año 70, cuando Jerusalén estaba rebosando de gente que había acudido a la Pascua, quedó la Ciudad Santa sitiada por el ejército romano. El hambre más espantosa consumía a todos. Madre hubo que llegó a comerse a su propio hijo. Las divisiones más sangrientas asolaban por dentro a los judíos. Los Zelotas invadieron el templo, y dice Josefo, el historiador judío, elegido por la providencia para contar, sin darse él cuenta, el cumplimiento de la profecía del Mesías: «todo el templo en su exterior estaba inundado de sangre, y cuando apareció el día encontráronse ocho mil quinientos varones degollados».

Y cuando estos desórdenes y tumultos sucedían, todavía era tiempo de huir. Y en efecto, los cristianos, teniendo presente el aviso del Maestro, huyeron de la ciudad, y según nos lo dice Eusebio, fué ésta disposición general dictada a los cristianos por sus superiores.

Si dijo Jesús que era de pedir que no fuese la fuga ni en invierno ni en sábado, fué modo de explicar lo mucho que les convendría entonces no hallar dificultades de ninguna clase para la huida, porque no cayesen en el peligro.

En cuanto a los que perecieron al filo de la espada, ¿quién los puede contar? Un millón cien mil personas dice Josefo que murieron durante el sitio.

Los cautivos fueron, según el mismo Josefo, noventa y siete mil, cogidos durante la guerra. Y toda la raza judía, como lo dió a entender Jesucristo, fué llevada y dispersada por todas las naciones, para que en la serie de los siglos presencie en todo el orbe el reinado del que ellos no quisieron por Rey.

En fin, la ciudad y el templo de tal modo han sido y son conculcados por los gentiles, que dan seguridad de que también lo serán hasta que «se llenen los días de las naciones».

Y aun dice Jesucristo que aquella calamidad con haber sido tan grande, que no se ha conocido ni conocerá otra igual, fué menor de lo que debiera haber sido, gracias a los justos y escogidos de aquel pueblo, pues para que pudiesen salvarse ellos, y también acaso por respeto a sus méritos, perdonó Dios mucho a los culpables, y les abrevió las calamidades. ¡Qué hubiera sido si no hubiera habido justos en Jerusalén, y si Jesucristo por respeto a ellos no hubiera tenido compasión de los rebeldes!

239. INSTRUCCIÓN ACERCA DE LA SEGUNDA VENIDA

(Mc. 13, 21-23; Mt. 24, 23-28)

No ponen ninguna transición los Evangelistas. Pero como ya sabemos que muchas veces, atentos solo a darnos la suma de la doctrina de Nuestro Divino Maestro, se cuidan poco de algunas perfecciones del estilo que servirían no solo para adornarlo, sino también para aclararlo, bien podemos conjeturar que el Salvador hizo aquí alguna transición y advertencia para darles a entender que lo que seguía se refería, según parece, a la segunda venida suya. Mas como faltan estas transiciones, por eso se nos hace más oscuro a nosotros el paso.

Prosiguió, pues, Jesús, a darles instrucciones para el tiempo del fin del mundo. No habían los oyentes de entonces de llegar a usar de ellas. Y aunque esto lo sabemos ahora nosotros, ellos entonces no lo podían saber, pues el Salvador de propósito ni a ellos ni a nadie en todo el Evangelio ha revelado cuándo será ni cuándo no será el fin del mundo, sino que quiere que todos puedan temer que sea en su tiempo. Y por eso da los avisos en general para que se tenga siempre cuenta con ellos. Tanto más que son útiles también aun antes del fin del mundo, como el mismo Señor lo indica.

Decía, pues, así:

«Entonces (y aquí aludía al fin de los siglos) si alguno os dice: Mirad aquí al Mesías, o allí, no le creáis. Porque surgirán seudocristos y seudoprofetos, y harán grandes portentos y prodigios tales, que, si fuera posible, hasta los escogidos serían inducidos a error. Vosotros, pues, estad atentos. Para eso os lo predigo todo.

»Si, pues, os dice alguno: Venid, que está en el desierto, no vayáis; venid, que está en estas casas, no creáis. Porque así como el relámpago sale de oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre. Donde quiera que esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas».

Era este, sin duda, un modo proverbial de hablar. Donde está la presa allí se juntan las águilas. En cuanto sienten dónde está, allá vuelan. De la misma manera cuando venga el Hijo del hombre, aunque no vendrá despacio como ahora, sino como un relámpago, de repente, sin dar tiempo, para que nadie ande diciendo que está en el campo ni en las casas, porque ya no ha de venir de esa manera, con todo, todos los justos lo conocerán en seguida y volarán allá como se precipitan las águilas cuando ven la presa.

240. SEGUNDA VENIDA DEL MESÍAS

(L. 21, 25-30; Mc. 13, 24-37; Mt. 34, 29-42).

Y prosiguió diciendo las próximas señales de la segunda venida.

«Pronto, pues, tras la tribulación de aquellos días habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas. El sol se

oscurecerá y la luna no enviará su luz, y las estrellas caerán del cielo.

»Y en la tierra habrá angustia en las gentes por confusión del estrépito del mar y de las olas. Y secaránse los hombres por el temor y expectación de lo que amenaza a la tierra entera, porque los elementos del cielo se conmovrán.

»Y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, y entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra, y entonces verán al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y gloria y majestad.

»Y enviará a sus ángeles con gran clamor de trompeta, y ellos congregarán a los escogidos de él de los cuatro vientos de la tierra, desde un extremo del horizonte hasta el opuesto.

»Y cuando esto comience a realizarse, alzad vuestros ojos y levantad vuestras frentes, porque se acerca vuestra redención».

Oh! y ¡qué preciosa esperanza esta para aquellos que poco antes solo habían recibido presagios de ser perseguidos y encarcelados y muertos! día llegará en que levanten animosos y triunfantes sus frentes, que será el de la segunda venida de su Señor. Tras esta venida viene sin duda el reino, la dicha, la abundancia. Y así proseguía el Señor:

«Tomad comparación de la higuera. Cuando ya su rama está tierna y han nacido las hojas, sabéis que el verano se acerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, que está a las puertas el reino de Dios».

Mas los discípulos deseaban saber cuándo precisamente habían de pasar todas estas cosas.

Díceles el Señor:

«En verdad os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda».

De qué generación hablaba? Es verdad que no pasó la generación entonces presente antes de la ruina de Jerusalén. Pero quizás más que de aquella generación hablaba de la raza judía, que no se extinguirá antes del día extremo del mundo; o de la Iglesia Cristiana que sería perpetua. Y como esto parecía increíble, se confirma en ello Jesús de

un modo solemne, afirmando que así sucederá porque él lo afirma.

«El cielo, dice, y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».

Sin embargo, nada dice ni quiere decir acerca del día preciso y hora de aquella venida. Sino que está tan escondido que nadie lo sabe; ni siquiera el mismo Jesucristo lo sabe como legado divino, es decir, aunque para sí lo sabe y conoce, como sabe y conoce todas las cosas con ciencia infusa, pero no lo sabe para enseñar a los hombres, no está entre las doctrinas que su Padre le ha encomendado predicar y revelar a los mortales. Por eso y para quitar a sus discípulos toda demasiada curiosidad, añade:

«Empero acerca de aquel día y hora nadie sabe nada, ni aun los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino el Padre solo».

Al contrario, ni lo sabrán próximamente, sino cuando se presente, que será de súbito y cuando menos los hombres piensen. De lo cual les advierte para que siempre vivan despiertos y cuidadosos y preparados, y en esto insiste más, como en lo que más nos importa. Decía así:

«Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre. Porque así como en los días antes del diluvio estaban los hombres comiendo y bebiendo y tomando maridos y mujeres hasta el mismo día en que entró Noé en el arca, y no conocieron el diluvio hasta que vino y se llevó a todos, así será la venida del Hijo del hombre».

Y tan repentina será la venida que no tendrán muchos tiempo de prepararse y justificarse de sus pecados, sino serán sorprendidos.

«Entonces, dice, estarán dos en el campo, uno será tomado y otro dejado; estarán dos moliendo en un molino, una será tomada y otra dejada.

»Atended, pues, velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo, ni a qué hora va a venir vuestro Señor. Mirad por vosotros; que no estén cargados vuestros corazones de glotonería ni embriaguez, ni de los cuidados de esta vida, y se os eche encima de repente aquel día.

»Porque vendrán como un lazo sobre todos los que habitan la superficie de la tierra. Y como el hombre que, partiéndose lejos dejó su casa, dió órdenes a sus criados para

sus quehaceres y mandó al portero vigilar. Velad, pues, porque no sabéis cuándo va a venir el Señor de casa, si a la tarde o a media noche o al canto del gallo o a la madrugada: no sea que al venir os halle durmiendo.

»Y lo que os digo a vosotros, se lo digo a todos: velad, pues, orando en todo tiempo, para que seáis tenidos por dignos de evitar todo eso que va a venir, y de presentaros delante del Hijo del hombre».

Este era el punto en que por sernos más provechoso, insistía Cristo nuestro Señor, más que en ninguno otro de los que deseaban sus cuatro curiosos discípulos. Y para explicarles mejor su idea les puso esta preciosa parábola de las vírgenes.

241. PARÁBOLA DE LAS VÍRGENES

(Mt. 25, 1-13)

Era uso oriental celebrar las bodas con un gran convite nupcial, en el cual unos guardaban unas ceremonias y otros otras. Celebrábase el convite a la tarde, y en casa del esposo. Venía éste conduciendo festivamente a su esposa entre coros de amigos suyos de su edad, acompañado de músicas y danzas. En cambio, las amigas de la esposa aguardaban a la puerta de la casa con antorchas encendidas; recibían a los esposos con alegría y fiesta, y uniéndose a la comitiva que traían entraban con ella al banquete nupcial.

Decía, pues, el Salvador, recordando estas costumbres:

«Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes (es decir, lo que pasará entonces será como lo que pasó a diez vírgenes) las cuales tomaron sus lámparas, y salieron a recibir al esposo y a la esposa.

»De éstas, pues, cinco eran fatuas y cinco prudentes. Las cinco fatuas tomaron sus lámparas, pero no tomaron aceite en ellas. Al paso que las prudentes tomaron aceite en sus vasos con sus lámparas.

»Como tardaba el esposo, adormeciéronse todas y se durmieron.

»Y a la media noche resonó un clamor: ¡Ea! viene el esposo! salid a recibirle!

»Entonces despertaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas. Y las fatuas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestra aceite, porque nuestras lámparas se están apagando. Respondieron las prudentes diciendo: No sea que nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a la tienda y comprad para vosotras.

»Pero mientras iban a comprar llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta.

»Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor! Señor, ábrenos!

»Mas respondiendo él, dijo: Verdaderamente no sé quiénes sois.

»Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora».

242. PARÁBOLA DE LOS TALENTOS

(Mt. 24, 14-30)

Y porque no sólo hemos de estar vigilantes en cuanto al día, para que no nos sorprenda, sino que además hemos de tener bien empleado el tiempo y hecho lo que el Señor al partir nos ha encargado, les dijo también a los cuatro en esta ocasión, la misma parábola de los talentos que propuso en Jericó a todo el pueblo, aunque con algunas pequeñas diferencias.

«El Señor hará lo que aquel hombre que partiéndose lejos llamó a sus criados y les entregó sus bienes, y a uno dió cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual conforme a sus facultades, y luego partió.

»Fué, pues, el que había recibido cinco talentos y negoció con ellos y ganó otros cinco. Hizo lo mismo el que había recibido dos y ganó otros dos. Mas el que había recibido uno fué y cavó un hoyo y enterró allí el dinero de su Señor.

»Y después de mucho tiempo vino el Señor de aquellos criados y les pidió cuentas.

»Y llegando el que había recibido cinco talentos presentó otros cinco talentos diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco que he ganado. Y le dijo su Señor: Bien, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en

lo poco te haré dueño de mucho; entra en las delicias de tu Señor.

»Y llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; he aquí otros dos que he ganado. Y le dijo su Señor: Bien, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco te voy a hacer dueño de mucho; entra en las delicias de tu Señor.

»Y llegó también el que había recibido un talento, y dijo: Señor, ya sé lo que eres, hombre duro, que siegas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste; temeroso, pues, he ido y he escondido tu talento en tierra; aquí tienes lo tuyo.

»Mas su Señor le replicó y dijo: Siervo malo y haragán sabías que yo siego donde no he sembrado y recojo de donde no he esparcido. Por lo mismo, pues, debieras haber dado mi dinero a los banqueros, y así al venir yo hubiera recibido lo mío con los intereses. Quitadle, pues, a éste el talento y dádselo al que tiene los diez talentos; porque a todo el que tiene se le dará y tendrá abundante; y al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará. Y al siervo inútil echadle a las tinieblas de fuera, y allí que llore y rechine de dientes».

Ya en otra ocasión explicamos esta parábola, que es de fácil inteligencia.

Dicho esto pasó, en fin, el Salvador a designar el modo y la forma como se había de ejecutar el mismo juicio, dándonos también en ello preciosísimas enseñanzas, mucho mejores que las que los curiosos discípulos habían venido buscando. Y dijo:

243. EL JUICIO FINAL

(L. 21, 37-38; Mt. 25, 31-46)

«Mas cuando venga el Hijo del hombre en su gloria y con él todos los ángeles, entonces se sentará en el trono de su gloria. Y se congregarán ante él todas las naciones, y apartará a unos de otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda.

»Entonces dirá el Rey a los de su derecha: Venid, ben-

ditos de mi padre, tomad la herencia, el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.

»Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui peregrino y me disteis posada; desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; estaba en la cárcel y me vinisteis a ver.

»Entonces responderán los justos, diciendo: Cuando te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? Ni cuando te vimos peregrino y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? Ni cuando te vimos enfermo o en la cárcel y te visitamos?

»Y el Rey respondiendo les dirá: En verdad os digo, que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanitos pequeños lo hicisteis conmigo.

»Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.

»Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber; fui peregrino y no me recogisteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.

»Entonces responderán también estos diciendo: Señor! cuando te vimos hambriento ni sediento, ni peregrino, ni desnudo ni enfermo, ni en la cárcel y no te atendimos?

»Entonces les responderá diciendo: En verdad os digo, cuando no lo hicisteis con uno de estos pequeñitos, no lo hicisteis tampoco conmigo.

«Y marcharán estos al suplicio eterno y los justos a la vida eterna».

Quid sum miser tunc dicturus?
 Quem patronum rogaturus
 Cum vix justus sit securus?
 Rex tremendae majestatis,
 Qui salvandos salvas gratis,
 Salva me fons pietatis.

¡Qué voy a decir, miserable de mí, entonces? a quién tomaré por patrono, si apenas estará seguro el justo? Rey de tremenda majestad, que a los que se salvan salvas de balde, ¡sálvame, fuente de piedad!

El Maestro había ya terminado su conversación con sus cuatro queridos discípulos. ¿Acaso para entonces se les habían juntado los restantes? No lo dicen los Evangelistas.

Emprendieron de nuevo su camino para llegar a Betania, pues la noche se echaba encima.

Era ya preciso pensar en la pascua. El día de los Acimos que se llama la pascua, dice San Lucas, se acercaba. Terrible había de ser aquel día para el Apostolado de Jesús y mucho más para su Maestro.

Al levantarse el Señor lanzó su última mirada sobre la ciudad. Y ¿qué es lo que allí vió que le trajo tristísimo recuerdo? De repente dijo:

«—Sabéis que de aquí a dos días se celebra la pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado».

Y calló. ¿Qué conexión tenía aquello entonces con lo que acababa de decir? Tal vez le sugirió esta salida brusca el ver a su discípulo Judas preparando el crimen que había de cometer. Mientras el Maestro estaba explicando aquellas doctrinas a sus discípulos amados, no debía estar allí uno de los doce. Judas, con pretexto de sus negocios se había quedado en Jerusalén cuando el Maestro volvía a Betania, y mientras éste descansaba sentado con sus cuatro, él, allá en la ciudad andaba pactando con los sacerdotes, como vamos a verlo, la traición y entrega de su Maestro.

Jesús con su penetrante mirada le seguía desde lejos los pasos, y le veía desde el monte los ajustes, y se compadecía de su negro corazón...

Pero esto no le impidió desahogarse diciendo: De aquí a dos días la pascua; en ella seré crucificado...

El sol se ocultaba del todo.

Siguieron andando y fueron a Betania.

344. JUDAS

Judas Iscariote es el nombre más antipático y repugnante que se oye en la tierra, y acaso también en el infierno.

Y sin embargo fué «uno de los Doce» como, cuando nombra a Judas, nos lo advierte de intento el Evangelio!
 ¡Horrendo misterio de bondad y predilección por parte

del Señor y de maldad e ingratitud por parte del hombre. Prueba espantosa de que no depende nuestra salvación precisamente de la grandeza de las gracias, pues grandísimas fueron las que concedió Jesús a su Apóstol; ni de la voluntad sola de Dios, que quiere, sí, cuanto está de su parte salvar a todos, y que, a no ser que supongamos que hizo una comedia en su modo de tratar a Judas, quiso y mucho salvar a su discípulo; sino también de la libertad humana, a la cual el mismo Dios por sus inescrutables y tremendos juicios, ha dejado el horrible poder de resistir a la gracia divina. Porque aunque, si él quisiese, a todos podría salvarnos, sin embargo, no quiere salvarnos a ninguno, si no queremos... «El que te creó a tí sin tí, dice San Agustín, no te salvará a tí sin tí». ¡Oh temeroso enigmático!

Judas era Iscariote, es decir, como el mismo nombre lo indica, natural de Keriot, pueblo que es casi seguro que estaba en Judea. Era, por tanto, el único Judío de los discípulos, pues todos los demás eran Galileos, de distinta provincia que el traidor.

Las listas de los Apóstoles en el Evangelio, siempre, variando los demás de puesto de orden, nombran el primero a San Pedro y el último a Judas Iscariote, dándole el nombre de *el Traidor*, o *el que entregó al Señor*. Así también le distinguen del otro Apóstol de su nombre, del fiel San Judas.

Mas Nuestro Señor no tuvo jamás con él ningún desdén, sino al contrario.

Acaso, cuando Judas vino al Apostolado quería ser fervoroso y sincero discípulo de Jesús. Acaso venía lleno de ambición interesada, esperando lograr provechos temporales en el futuro reinado del Mesías. Lo cierto es que o por encargo del Maestro, o por sus propios amaños, vino a ser el procurador o cajero del Apostolado. Aunque desde el principio Jesús se sustentaba de lo que su Madre y otras piadosas mujeres que le seguían les procuraban, sin embargo, sea para el sustento de la comunidad apostólica en algunos casos apurados, sea sobre todo para dar a los pobres tenía consigo algún dinero que les daban, y de custodiarlo estaba encargado Judas.

¿Sería este oficio la ocasión de su caída? No lo sabemos.

Lo cierto es que pronto se le ve disgustarse de su Divino Maestro, y que al fin de su vida revienta en su corazón una postema profunda de sórdida y no común avaricia, que no pudo formarse en poco tiempo, sino que supone un largo ejercicio de codicia.

La primera vez en que Judas aparece ya pervertido es cuando Jesús dijo el sermón del pan eucarístico. De los que murmuraron contra aquella misteriosa doctrina es muy probable que el principal fuese Judas. De él debió salir aquella orgullosa censura propia de un racionalista del siglo XIX: «¡Duro es esto que dice! ¿quién va a creer estas cosas?» Y a él aludía aunque sin nombrarle el Salvador, cuando dirigiéndose a los Doce les dijo: «¿También vosotros queréis irnos?—¿A dónde iremos, Señor, dijo San Pedro, si tu tienes palabras de vida eterna?». Mas el Salvador claramente pronunció esta misteriosa queja: «Yo he escogido a doce! pero ¿no es diablo uno de vosotros?» En efecto, diablo era ya Judas, aunque vivía con el Salvador.

Desde entonces el infeliz o vaciló siempre en su fe, o lo que es más seguro, no creyó nada en el Mesías, ni, aunque unido con el cuerpo, siguió perteneciendo con el corazón a los doce. Su avaricia fué aumentando. De lo que daban al Salvador sisaba cuanto podía. Por esta razón en el convite de Betania sintió muchísimo perder tal ocasión de sacar un buen quite, si como se gastó en perfumes, se hubiera dado en dinero el coste de la esencia de nardo de la Magdalena cantidad muy fuerte, para lo que acostumbraría a tener el administrador de los Apóstoles. El fué quien movió toda aquella crítica acerba contra María, en la cual, no con malicia, sino con sencillez, le apoyaron los otros discípulos tanto que hubo de salir el Salvador en defensa de la infeliz mujer, que debía estar bien confusa ante tantas censuras. Sin embargo, esta sencilla defensa que el Maestro hizo de María, a pesar de haberla hecho con tanta delicadeza que ni una palabra dijo directamente contra Judas, hirió tanto al codicioso y atravesado discípulo, que desde aquel día dice San Mateo que empezó a buscar alguna ocasión para venderle.

Grande era ya entonces su iniquidad. San Juan, claramente y sin eufemismos, dice que, cuando esta censura

dijo contra María, *era ladrón* y robaba de la bolsa que guardaba.

Pero desde entonces creció enormemente su malicia, pues empezó a maquinar el mayor pecado que se ha cometido en la humanidad, la venta de su propio Maestro, Salvador y Dios.

Perversa en extremo era el alma de aquel hombre. Tipo perfecto del judío en las más sórdidas condiciones de su carácter. Frío, calculador, interesado, zorro, hipócrita, envidioso, descontentadizo, y después de todo mezquino y desprovisto por completo de todo sentimiento de nobleza y dignidad.

Además su posición en la compañía de los Apóstoles debía ser violenta. Siendo él el único judío, y siendo sus compañeros, los galileos, gente sencilla, franca, ruda más bien, y quisquillosa, más de una vez saldrían a la conversación los puntillos de honra provincianos entre galileos y judíos, aumentados sin duda entonces por la diferencia con que Jesús era recibido y tratado por los unos y por los otros. Y por más que el Salvador le tratase con singular atención y blandura, es seguro que el atrabiliario y falso discípulo oiría con placer y vería con secreta satisfacción la oposición tenaz de sus paisanos a la predicación y persona del galileo.

No influirían poco en su ánimo las últimas violentas discusiones de Jesús en el templo. Judas, dañado ya hasta los tuétanos de codicia y envidia, debió beber gozoso aquellas discusiones y espiar con ojo de traficante aquella ansia que mostraban los judíos de echar mano del Nazareno, sin atreverse muchas veces, o sin lograrlo cuando se atrevían.

Todo lo que sucedió en Jerusalén desde el Domingo de Ramos fué sin duda una terrible tentación para Judas, que debió pasar toda la semana pensando en su especulación, en vender a buen precio a aquellos judíos la presa que codiciaban. De este modo se libraba de un impostor, como él creía o quería creer a su Maestro, acaso hacía un servicio a Jehová, y sobre todo ganaría algo, que era lo que su avaricia judía más deseaba.

En el templo fué donde aquella terrible tentación, que

vino a su cabeza en el convite de Simón el Leproso, se desarrolló y cobró fuerza definitiva.

Así, pues, el último día de la disputa de Jesús con los fariseos se decidió al crimen.

245. EL CONTRATO DE JUDAS

(L. 22, 2-6; Mc. 14, 1.2. 10.11; Mt. 26, 3-5; 14-16)

Vencidos los fariseos y judíos por la elocuencia y poder irresistible de Jesucristo, desesperados de no poderle echar mano en el templo por temor al pueblo, cuando Jesús dejándolos confundidos y derrotados se retiró definitivamente de ellos, ellos, «los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron en el palacio del príncipe de los sacerdotes que se llamaba Caifás. Y tomaron determinación de apresar y matar a Jesús.

»Mas temían a la plebe y decían: Durante la fiesta, no. Porque temían se amotinase la plebe».

Era muchísima la gente que entonces se hallaba en Jerusalén, y muchísimos los partidarios que entre aquella plebe contaba el Nazareno. Era, por tanto, muy expuesto el cogerle y darle muerte durante la semana que había de durar la pascua, y mucho más prudente aguardar otra ocasión en que estuviesen ellos solos.

Tales eran sus planes. Mas ¡oh sabiduría altísima de Dios! precisamente entonces y casi a la misma hora estaba diciendo a sus discípulos Jesucristo todo lo contrario:

«—Ya sabéis que pasado mañana es la pascua y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado».

Y así, que no como los fariseos querían, había de ser.

Y en efecto, mientras los fariseos y príncipes decretaban matar a Jesús después de la pascua, se presentó en su presencia un hombre que quería hablarles. Debieron saber sin duda, pues le admitieron en aquella reunión tan reservada y trascendental, que aquel extraño traía algo referente al asunto que motivaba la asamblea. Tal vez venía presentado por algún miembro de aquella congregación a quien se habría dirigido.

Entró, y sin duda al entrar, atrajo sobre sí todas las miradas. Grande fué la sorpresa de todos. Porque vieron de-

lante de sí precisamente a uno de los discípulos de su más formidable enemigo, a Judas el Iscariote. ¿Qué vendría a decir? ¿qué misión iría a proponer? Todos redoblaron su atención y perversa curiosidad. Triste es el modo como expresa el Evangelio lo que le aconteció a Judas.

«Entró, dice San Lucas, Satanás en Judas, el llamado Iscariote, uno de los Doce, y fuese a los sumos sacerdotes, resuelto a entregarle».

Admitido Judas en la estancia «habló con los príncipes de los sacerdotes y magistrados acerca del modo cómo podría entregar a Jesús», y debieron discurrir acerca de ello larga y determinadamente buscando el medio más apto. Y aunque ellos acababan de decir que no convendría durante la pascua, pero con la oportunidad que ahora se les presentaba cambiaron de parecer y aceptaron la propuesta del falso discípulo.

Entonces éste les dijo:

«¿Qué me queréis dar y yo os lo entrego?»

»Ellos alegres de lo que oían se comprometieron a pagarle y le propusieron treinta monedas de plata».

»Y él aceptó. Y desde entonces púsose a buscar la ocasión de entregarle a parte de las turbas».

Treinta monedas de plata eran sin duda treinta siclos, moneda muy corriente entre los judíos, y sagrada por decirlo así, según ya lo explicamos en otro sitio, para los usos del templo, en que no se admitía la otra profana, que llevaba el busto de los emperadores. La cantidad era en sí misma bien pequeña; valdría tanto como cien pesetas de nuestra moneda, ya que cada siclo poco más o menos equivalía a tres y cincuenta céntimos. Era lo que debía pagarse a un amo a cuyo esclavo se había dado sin querer la muerte, según se prescribía en el Exodo. Y en la profecía de Zacarías, el Buen Pastor puesto en Israel por Jehová, cansado de las ingratitudes y protervias de su rebaño cuenta así lo que le sucedió: «Yo les dije: Si os parece bien pagadme mi salario, y si no, haced lo que queráis. Y ellos pesaron mi salario y me dieron treinta siclos de plata. Y me dijo Jehová: ¡Echa eso al alfarero! echa esa magnífica suma en que me han valuado! Y tomé los treinta siclos y los eché en la casa de Jehová a un alfarero».

No fué otro el infame contrato que hoy se celebró entre el más alevoso traidor que ha habido en el mundo, y los más infames asesinos de Israel. Inconcebible era la perversidad de Judas en vender a su Maestro. Pero más inconcebible su mezquindad al contentarse con treinta dineros por la venta del más admirable de los Hijos de los hombres, del Mesías e Hijo de Dios.

Bien pudo estar todo este tiempo Judas apartado de los demás sin que chocase su falta. Cuando los otros con el Maestro subieron por el monte Olivete de vuelta a Betania, él pudo quedarse muy bien en la ciudad, como para arreglar las cosas para la pascua, tal vez para comprar el cordero pascual, y todo lo necesario para la cena.

Ajustada la compra del cordero pascual y ajustada también la venta del Cordero de Dios, salió de la ciudad con el enorme peso de su crimen, a juntarse con sus compañeros a quienes, si no alcanzó en el camino, se reunió en Betania. ¡Mala noche la que le esperaba meditando en su compromiso! horrible remordimiento el que tenía que roerle, por malo que fuese, su corazón de zorro!

En memoria de esta injuria hecha a nuestro Salvador, la Iglesia, desde los más antiguos tiempos, designó el miércoles para día de penitencia, a una con el viernes, porque en el primer día fué vendido y en el segundo crucificado nuestro Redentor.

246. LA PASCUA

MODO DE CELEBRARSE

Iba Jesús a celebrar ya la última Pascua, y será bien que, para que mejor entendamos todo lo que aconteció en estos días últimos de la vida del Salvador, expliquemos lo que significaba la Pascua entre los judíos.

Pascua era una palabra derivada de otra: *phesa* en hebreo, *phase* en arameo, *pasja* en griego, de donde *pascha* en latín y *pascua* en castellano.

Significaba lo mismo que tránsito, y aludía al tránsito del Señor de que nos habla el libro del Exodo en este pa-